

# Los caminos de la solidaridad

Luis A. Aranguren Gonzalo

Hace unos meses escuché por la radio algo que me puso alerta sobre ciertas maneras de entender la solidaridad en este país. En una ciudad española de reconocida tradición universitaria habían elegido como «joven del año» a un estudiante de tercero de Medicina, que estaba siendo entrevistado en ese momento. Al parecer, los criterios para la elección iban más allá de los convencionales que se fijan en la mera apariencia externa. Por ello, el locutor intentaba indagar sobre aquello que movía realmente la vida de aquel joven del año. El estudiante respondía que tampoco es que viviera desde unos valores determinados, que más bien se consideraba un joven de su tiempo y que lo que realmente le gustaba en esta vida era disfrutar y salir los fines de semana con los amigos para olvidar la rutina del lunes a viernes estudiantil; eso sí, los sábados, de cuatro a seis de la tarde colaboraba como voluntario en una ONG. Esas dos horas a la semana justificaban el impuesto social que debía pagar este joven para estar a la altura de su tiempo, un tiempo en el que se concilia la ruta del bakalao con la solidaridad que a nada compromete.

## 1. Del mercadeo solidario...

El Mercado y sus leyes dictan la cotidianidad de nuestras vidas.

Hoy, ser solidario, vende. Numerosos famosos y famosas pregonan su «voluntariado» y participan con fruición en cada telemaratón que se anuncia. La solidaridad, en fin, se nos presenta como nuevo dogma que hay que acatar de manera convulsiva.

El proceso de secularización iniciado en la Modernidad ha traído como consecuencia el auge de la solidaridad como valor que emerge de la vieja fraternidad cristiana, con lo cual se logran dos cosas: el protagonismo de la sociedad civil en su conjunto y la muerte del Padre: la solidaridad impulsa una comunión de la Humanidad sin padre. Pero poco a poco esa solidaridad ha cambiado de manos: ha pasado de la sociedad al nuevo dios-Mercado. Y en un sistema económico como el que vivimos los valores emergentes son otros. En efecto, el liberalismo económico fomenta la libertad del zorro en gallinero ajeno. Y lo que caracteriza el desarrollo económico de nuestra sociedad post-industrial son los valores que tienen que ver con: eficiencia, costes mínimos, optimización y racionalización de recursos, competitividad, etc. Valores, en suma, que nos encierran a los ciudadanos en lo que M. Weber caracterizó como *jaula de hierro*, que, traducido a nuestro lenguaje concreto quiere decir: esfuerzo, tensión, prisas, oposiciones, currículum, entrevistas, colas, paro, cursos, cursillos, y toda suerte de

factores estresantes. En esta jaula dura y cruel no queda tiempo para nada, ni siquiera para cantar; pero la cultura que bebe de las fuentes de este sistema económico diseña una nueva jaula, esta vez de goma, elástica y flexible, que al grito de *carpe diem* nos ofrece todo tipo de posibilidades evasivas y frívolas. La tremenda disociación que se produce entre la lucha fiera por un puesto de trabajo y la suma de alcohol, velocidad y música del fin de semana hace que se busquen nuevos mecanismos de compensación menos disonantes. En esta línea, la sociedad norteamericana ya nos está inundando con la vuelta a los valores de «siempre»: respeto mutuo, generosidad, solidaridad, ... y a las instituciones intermedias: familia, escuela, Iglesias ... y las Asociaciones sociovoluntarias. El voluntariado solidario aparece, pues, en este contexto, como un imperativo exigido por el propio sistema económico que desplaza y excluye a los más débiles, y que actúa como mecanismo de compensación y articulación de un servicio que, por sus elevados costes, no puede asumir el Estado. Desde este punto de vista hemos de tener en cuenta que nos encontramos ante un modelo de solidaridad que ni siquiera adquiere la categoría de valor ético, puesto que no precisa de la experiencia propositiva que todo valor exige para conformar una vida moral. Esta solidaridad se convierte en dogma laico que adquiere su fuerza

## Los dogmas laicos de hoy

en directa proporción al nivel de frivolidad que plantea en cada momento. Nos encontramos ante el fetiche de la solidaridad que impulsa la religión civil, con sus liturgias, sacerdotes y líderes de espíritus despistados.

En efecto, la apuesta posmoderna por el pensamiento débil conduce a la fortaleza del fragmento y la extensión de la sospecha hacia cualquier tipo de convicción, y más si ésta es de tipo religioso. El *ethos* de la superficialidad conduce a la convención mediática de una solidaridad necia, sin contenido transformador, que no se pregunta por las causas de tanto sufrimiento humano, ni toca el resto de las dimensiones de la persona, que van desde el bolsillo hasta la forma de plantearse la vida familiar o el análisis de la realidad en la que uno vive. Esas dos horas a la semana de nuestro «joven del año» pasan a formar parte de lo que Marcel denominaba el *haz de funciones* en el que hace gravitar el individuo su vivir cotidiano y que no le conducen precisamente a la posibilidad de crecer como persona.

Al poder de los medios de comunicación en fijar las causas solidarias de cada momento, le acompaña, como elemento característico del dogma solidario, el individualismo. La posmodernidad ha hecho de la virtud, necesidad; de este modo yo puedo ser solidario prescindiendo de los demás. Se incentiva el voluntariado «de uno en uno», esto es, la participación en actividades solidarias, el aumento del número de voluntarios en cada organización que trabaja en este sector sin tener en cuenta el papel participativo que en sí mismo contiene la acción solidaria, cuando ésta se forja desde la común vivencia y la construcción comunitaria de la vida y el tejido social. En este sentido conviene estar muy atentos a

las propuestas que contiene el recientemente aprobado Plan Estatal de Voluntariado, donde se sientan las bases legales para pasar, en tres años, del medio millón al millón de voluntarios en nuestro país, fomentando un cierto tipo de individualismo solidario y un férreo control hacia las organizaciones sociovoluntarias. Las coordinaciones, los congresos y los eventos que se or-

El voluntariado solidario aparece, pues, en este contexto, como un imperativo exigido por el propio sistema económico que desplaza y excluye a los más débiles, y que actúa como mecanismo de compensación y articulación de un servicio que, por sus elevados costes, no puede asumir el Estado.

ganizan de arriba hacia abajo terminan con el auténtico espíritu solidario que nace poco a poco, golpe a golpe, casi en silencio, pero transformando.

### 2. ...al compromiso solidario

Es Mounier quien nos recuerda que el compromiso no es algo externo a la persona y por lo que podemos optar. Estamos ya compro-

metidos, ya embarcados; lo que interesa es saber y tomar conciencia del rumbo al que apunta nuestro compromiso. La solidaridad se torna en una Itaca lejana, y al tiempo accesible, en la que se puede desarrollar y concretar nuestro compromiso como personas en nuestra sociedad.

A mi juicio la solidaridad es una *reacción* ante la injusticia y el sufrimiento en el que viven tantas personas y pueblos de nuestro mundo; es una *determinación* por embarcarse en los procesos que tratan de erradicar las causas que generan tanta injusticia y de acompañar a los que la sufren; es, en definitiva, un *estilo de vida* que pone en juego todas nuestras posibilidades y que toca todas las dimensiones de nuestra existencia. A este planteamiento no se llega de forma tendencial, y más cuando los vientos culturales que soplan lo hacen en la dirección de una solidaridad descafeinada, tal y como hemos comprobado anteriormente.

El compromiso solidario será viable en cada uno de nosotros cuando nazca de una profunda *convicción personal*. Ciertamente, nuestra cultura tacha al convencido de fanático, cuando no de dogmático, y, precisamente, el dogmático es el que se mueve en la órbita de la solidaridad frívola y simplona que actúa como cajón de sastre donde cabe todo. Nosotros estamos llamados a ser personas de convicciones arraigadas, no de conformismos estereotipados. Y la convicción surge del impacto digerido que surge entre la acción y la reflexión. En esa urdimbre creativa acontece el valor moral de la solidaridad no «entendida como» sino «experimentada como». Sólo el valor hecho experiencia puede resultar estimado y apropiado, cargado de sentido significativo y propositivo para que

cada uno lo pueda incorporar a su existencia concreta.

La experiencia de la solidaridad nos urge a pensar y a vivir de otro modo; nace del encuentro con el mundo del dolor no a través de la realidad virtual mediática sino de la realidad concreta de nuestro entorno sin caer en el pozo de la indiferencia o del desánimo. Ello nos invita a incentivar nuestra capacidad de *pensamiento y reflexión* con el fin de analizar lo más objetivamente posible la realidad de inhumanidad y de injusticia en la que vivimos, sin que el peso de este análisis nos desborde; de modo complementario, el pensamiento nos invita a la acción, a *vivir* la experiencia concreta de la solidaridad a través de proyectos y procesos que realmente transformen esa realidad: se trata de hacer haciéndonos, de transformar transformándonos.

## Los dogmas laicos de hoy

Ahora bien, planteadas así las cosas pareciera que la solidaridad no sea cosa de masas. En efecto, aquí también se cumple la máxima evangélica de «muchos son los llamados y pocos los escogidos». Pero no estamos hablando de que la solidaridad sea patrimonio de militantes a la antigua usanza, de puños apretados, gesto crispado, líderes reconocidos y perdidos en mil y

uno activismos hasta que no se puede más. La solidaridad está hecha de multitud de gestos, pequeños a veces, pero tremendamente significativos. Y tan importante es el trabajo de quien se ve envuelto a tiempo pleno en una labor solidaria como el de la señora que día a día hace y da la comida a su vecina impedida y le hace compañía. Ambas situaciones arrancan de una disposición solidaria compartida. En cualquier caso, se trata de despertar esa disposición personal que pueda a la indiferencia y a la dejadez conformista en que vivimos. En este contexto, y no en el de la militancia selectiva, cabe recordar las palabras de Martin Luther King: «La salvación de nuestro mundo de la catástrofe llegará, no por la adaptación complaciente de la mayoría conformista, sino por la adaptación creadora de una minoría



# ANÁLISIS

inconformista». Esta apreciación contiene dos consecuencias importantes tanto desde el punto de vista educativo como político.

- Tanto en la educación reglada como en la no reglada, o en nuestras familias, ¿educamos para el conformismo, para la adaptación complaciente al modo de vida bueno que caracteriza a Occidente, a saber, consumo desmedido, afán de poder, competitividad darwiniana?, o, por el contrario, ¿educamos para la inadaptación consciente, y por ello, creadora y transformadora de nuestro mundo y de nuestro propio modo de vida?. ¿Cómo hacer compatible el hábito por el trabajo bien hecho, el incentivo hacia el esfuerzo personal, la sana competencia, educir lo mejor de uno mismo con el respeto y hasta el cuidado hacia

## Los dogmas laicos de hoy

el otro, la capacidad de sensibilización, el planteamiento de una vida digna que defienda la dignidad de los demás, en especial de los excluidos de nuestra sociedad? Desde mi punto de vista hemos de entrar a fondo en este debate, y más en el diseño de nuestro actual sistema educativo donde se habla con demasiada ligereza de educación en

...cabe recordar las palabras de Martin Luther King: «La salvación de nuestro mundo de la catástrofe llegará, no por la adaptación complaciente de la mayoría conformista, sino por la inadaptación creadora de una minoría inconformista».

valores, de temas transversales que conllevan la doble posibili-



Foto cedida por la ONG Libros para el Mundo. Aspecto de una biblioteca.

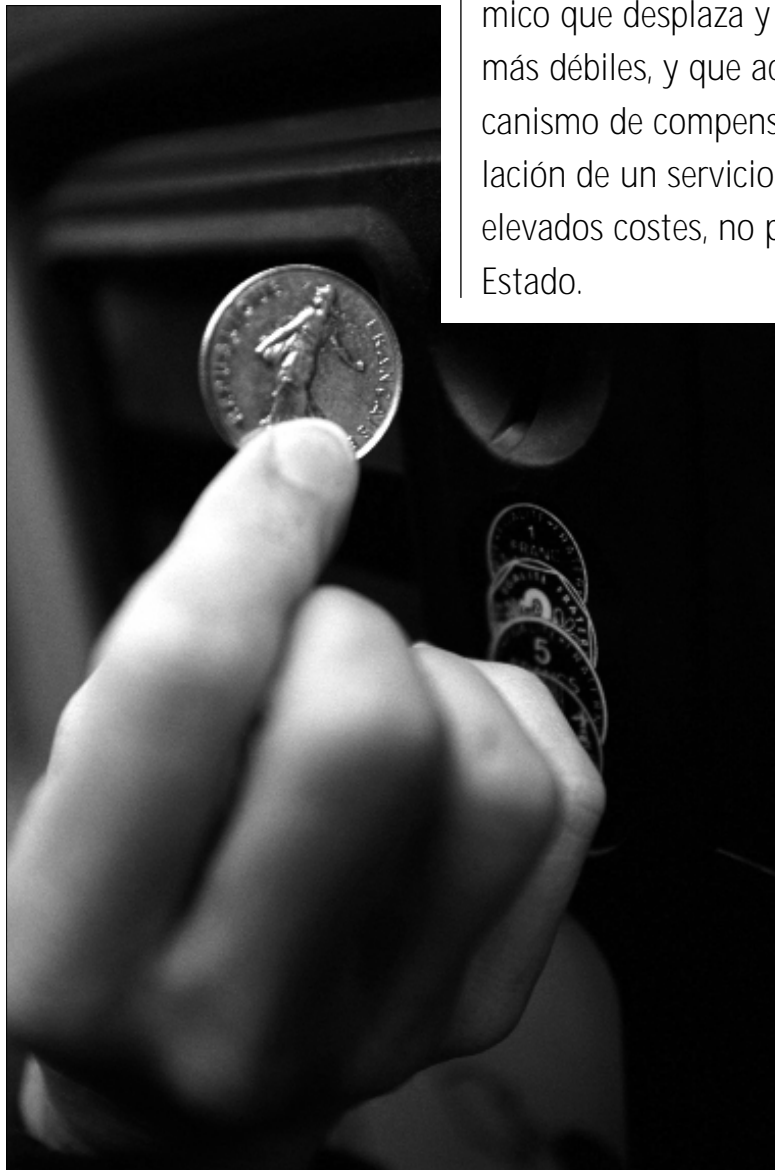
dad de convertirse en suave edulcorante que adorna todo Proyecto educativo que se precie, o en sal que sazona y remueve la vida de un Centro educativo y de su entorno.

- Desde el punto de vista político comparto con Adela Cortina la opinión de que la solidaridad es cosa de las personas, no de las Instituciones ni del Estado, en suma. De ser así, nos encontraríamos con una solidaridad vertical y cuando menos paternalista. La solidaridad no puede imponerse y, si desde esa esfera se la busca, no se la encuentra. Un Plan estatal de Voluntariado no puede imponer la solidaridad como valor, pero sí apoyar la actuación de las organizaciones sociovoluntarias que favorezcan la acción solidaria, teniendo presente que esa misma acción puede y debe poner en tela de juicio los mecanismos sociales, políticos y económicos que originan la injusticia y la exclusión social, terrenos éstos que dan pie a esa misma acción.

Si queremos que ni el Mercado ni el Estado secuestren el valor moral de la solidaridad como principio articulador de una vida con sentido y de una manera de organizar la sociedad, hemos de potenciar de manera significati-

## Los dogmas laicos de hoy

va el tejido social de nuestros barrios, pueblos y ciudades. Para lo-



El voluntariado solidario aparece, pues, (...), como un imperativo exigido por el propio sistema económico que desplaza y excluye a los más débiles, y que actúa como mecanismo de compensación y articulación de un servicio que, por sus elevados costes, no puede asumir el Estado.

seres humanos. Somos conscientes de que nuestra marcha es lenta y poco ruidosa; somos solidarios a través de la vía estrecha y cercana, al tiempo que ancha en espíritu y amplitud de miras. La solidaridad no es invasiva ni funciona a golpe de decreto-ley. De nosotros, de nuestro pensamiento puesto en acción y de nuestra acción reflexionada depende la modesta marcha de la solidaridad que nace de la compasión y pone rumbo a la justicia entre los hombres.